

## LA CONQUISTA DE SALERI

Para don Joaquín Mora y Jurado.

Estamos en el corral de «La Mosca», de Triana, en Sevilla. En la puerta de una habitación, María la TOLA, de diez y ocho años, de talle primorósimo, de cabeza gentil, muy peinada y muy sembrada de flores, y ojos negros que iluminan como el sol, habla animadamente con SALERI, mocito de alguna más edad. Va obscurciendo; es el minuto misterioso en que la luz se confunde con la sombra; ese instante del crepúsculo, solemne y dulce de las tardes de estío en Andalucía. — Conviene advertir que SALERI, en un caballeresco arranque de moxuelo andaluz, acaba de dar á una vieja hambrienta, de la habitación próxima, todo el dinero que tenía en el bolsillo, para sus necesidades de tabaco y otras menudencias de la semana.

TOLA. — ¡Eso sí que es portarse! ¡Bien po lo sombrel! (Entusiasmada por la acción de SALERI).  
SALERI. — ¿Ta gusta? (Con gracia truhanesca).  
TOLA. — A mí me gusta tó lo que sale der corasón, dayí, de lo ma jondo.  
SALERI. — Po pa eso lo hice; pa que te gustara.  
TOLA. — Ya vá tú po otro camino, Saleri.  
SALERI. — No, po otro no, po el mismo tuyo; sólo que tú vá delante, delante de mí... y yo voy á vé si te piyo.

TOLA. — Po si has de piyarme, ya hay pa ratito. (Riéndose).  
SALERI. — ¡Cál! ¡Si no hay na má que dejá caé la mano... y echártela ensima! (Queriendo abrazarla).  
TOLA. — Saleri, que te la dejo caé yo á tí. (Fingiéndose enfadada).  
SALERI. — Güeno, pégame... ¡Si lo que yo quiero é que tú me pegue! Co neso te obligo... Pégame, que asina me quedarás. Cuando un hombre está chalaito por una mujé, y la mujé le pega un guantazo... ¡Será eso la cosa ma güena! (Relamiéndose. TOLA ríe; SALERI la toma una mano; ella quiere retirarla, pero se la abandona al fin). ¡Qué manoz tiene, Toliya! ¡Si esto é la gloria!

TOLA. — Güeno, po quietesito, mira que te doy con la gloria en las narise. (Retirando la mano). Y vete ya, que estoy sola y no quiero que se diga.

SALERI. — No me voy, que tengo que hablarte. (Muy serio).  
TOLA. — ¡Digo...! ¿con que sí? (Con fingida burla, pero muy emocionada).  
SALERI. — Eso. Tenemo que darle aquí, á la lengua, un poco.  
TOLA. — Corriente; echosté po esa boca, pero pronto, prontito.  
SALERI. — ¡Tola! (Muy bajo, con dejo muy dulce). ¿Cuándo me vá ja queré? Dende aquer día que le pasó el percase en la fábrica á mi hermaníyo Naro, peno porque tú me quiera. Yoraba yo por Naro, y ma jotavía, de verte yorá á tí... Y yorando yo y tó, te veía... te veía, como si no te hubiera visto nunca. Te veía... y me daba una cosa que me dá ya siempre, y que no me se quitará, mientras que tú no me diga... — ¡Ea, po ya te quiero!

TOLA. — Saleri... ¡Pero si ere mu bruto! (Riéndose).  
SALERI. — A muncha honra. Qué quiere... ¿que no sea bruto? Déjalo que sea. ¿Yo no soy un probe? ¡Po mardita sea er demonio... contra má bruto mejó!

TOLA. — ¡Pero Saleril! (Reflexiva).  
SALERI. — ¡Pero Saleril! (Remedándola cómicamente). ¡Mardita sea! Escúchamamí, que é la hija. ¿Tú no ere una trabajaora? ¿Yo no soy un trabajaó? ¿Po pa qué queremo er talento?... Esengáfiate, trabajá muncho... Eso é lo que sirve; quererse muncho... Y eso... Y comé muncho... Y eso. ¡A la comía que naide me la toque!

TOLA. — ¿Y cuando estuviéramo casao? ¿Tú sabe lo que é er matrimonio? ¿Tú sabe lo que é la vía?  
SALERI. — ¡La vía! (Con aire de suficiencia). La vía no é na má que un carricoche atestao de chisme que pesan muncho. Echate tú á rei, si te disen otra cosa... Arrea pa lante, y no hay namá, sino que tira y que te tira, jincando la pezuña é ner suelo, chorreandito sudó por tos cuatro costao. Y er matrimonio... Toliya, escúchamamí, que é la pura; er matrimonio, no é na má, sino que ar carricoche se le quitan los varale, se le ponen la lanza y los balancine... ¡Eal... Y dos bestionaza pa tirá yá, en vé de una. Tienen que tirá lo mismo y con muncha maña... Suponte: si una tira y otra no, estrozo; si una cocea y otra no — y si cocean las do, — estrozo; si no van mu mandible, con los costaito pegao á la lanza, estrozo... Y asina tó, hasta que la lanza se rompe, los balancine se van cá uno por su lao... ¡fijate bien, Toliya; — er juego elantero quea insertible, el carricoche sale dando tumbo po la cuneta y tó se lo llevó er demonio. (Con gran expresión). ¡Tola... tú eres una bestia manfica! ¡Tola... tú va ja tirá mu bien! ¡Tola... yo quiero tirá contigo!

TOLA. (Aparte). — ¡Lo que é jeste, me tiene ya enganchá! (Riéndose).  
SALERI. — ¡¡Tola! (Muy serio; suspirando).

TOLA. — Saleri... Saleri... Mira que tú será mu bruto, pero que tiene muncho pico...  
SALERI. — Pero ¿otavía no te convenis? ¿Pero quiere tú un hombre que varga otavía má que yo? Yo soy feo y no podré faltarte porque ninguna mujé me quedrá: yo toco la guitarra como un serafin; yo canto como otro serafin... Y en los rato amargo, puede tú jalearme y yo tocarte, y armamo entre los dó un remolino de mir demonio. Yo no bebo, yo no fumo... Yo no hago na má que comé, porque la comía é la madre de toas la siencia.

TOLA. — ¿Le parece á usté lo que va á caerme á mí encima? (Aparte, riéndose).  
SALERI. — Ya vé tú si tengo ventaja, que ni soy valiente tampoco; cuando hay una quimera é ner barrio, yo soy er primero que se esconde y el último en salir. ¡Ya tú vé... Me llaman el arco iril! (TOLA se ríe con toda su alma; su seno se agita con dulce opresión; sus ojos chispean en la obscuridad, como piedras preciosas).  
SALERI, cambia de entonación, se acerca más á TOLA y añade con mucha zalamería: ¿Va ja decírmelo?

TOLA. — ¿Y qué quiere que yo te diga, hombre?  
SALERI. — Eso.

TOLA. — ¿Y qué é jeso? (Muy conmovida).  
SALERI. — ¡¡Eso! (Mimosamente).

TOLA (Aparte). — ¡Y que no tengo gana de decírselo, madre mía de la O! — (SALERI, se acerca más á la mocita, mucho más, sin que ella se retire, hasta que se ven mutuamente, en las niñas de sus ojos).  
SALERI. — (Muy bajo y con mucho fuego). ¿Me lo quiere desí po la ventana? ¿Quiere que aluego te yame en una copla?

TOLA. — (De pronto y resueltamente) ¡Ea, po sí! Digo lo que tú diga; quiero lo que tú quiera... ahora y después... y cuando á tí te dé la gana!

SALERI. — ¡Ay, mi peazo de cielo, que ar fin te piyó! (Con un suspiro de satisfacción).  
TOLA. — Está dicho. ¿Y qué má? (Riéndose).

SALERI. — ¡Ná, que me voy pa vení más pronto! Po la ventana, ¿sí?  
TOLA. — ¡Po la ventana!

SALERI. — ¡Verás qué toque y verás qué cante!  
TOLA. — ¡Hasta aluego!

SALERI. — ¡Adió, mi rosa encendial!  
TOLA. — ¡Adió, mi peazo de bruto! (Sepáranse; ella se mete en su sala pensativa; él, se aleja por la CAVA, absorto, feliz, dejando atrás aquellos portales diminutos, con sus portones más pequeños aún, á cuyo través filtrase la luz del interior, como el sol filtrárase por las rendijas de un alatúd viejo; aquellos faroles raquíticos, sin cristales, con luces que se tambalean como borrachos, según el viento le da en antojo; las pa-rejas felices que se arrullan en los balconillos atestados de rosas y claveles, y la torre de Santa Ana, en fin, como mancha sombría recortándose en el cielo y rodeada de estrellas).

MARTÍNEZ BARRIONUEVO

## EXPOSICIÓN NACIONAL DE BELLAS ARTES

(MADRID - AÑO 1901)

Si registráramos, en los archivos de la prensa, los juicios emitidos por los críticos hace dos años, respecto á la anterior Exposición, encontraríamos que coinciden casi todos con los que les ha merecido la presente. En aquélla como en ésta, reconocían que, dado el número considerable de obras presentadas, las dignas de loa formaban una escasa minoría, achacando ese deplorable desnivel á la excesiva tolerancia ó indulgencia del Jurado de admisión. Y ahondando más, vendríamos en conocimiento de que lo mismo se ha dicho siempre que de análogas manifestaciones artísticas se ha tratado, ya propias ya ajenas; lo cual demuestra que el vicio ó la virtud de la tolerancia, pues el calificativo ver-

dadero sería objeto de larga discusión, ha existido siempre, no sólo en España sino también en el extranjero, pese al prurito, hartamente generalizado por desgracia, de rebajar lo nuestro para enaltecer lo de los demás.

Nosotros que, en materia de arte, abrigamos un criterio bastante amplio, lejos de fustigar á los encargados de admitir ó rechazar las obras, por haberse mostrado más benévolos que intransigentes, aplaudimos su generosa labor, fundándonos en la sencillísima razón de que hasta en las más insignificantes hemos hallado alguna cualidad buena, algo que abona á su autor y le hace acreedor por lo menos á que se le considere y estime. ¡Quién sabe á qué talla podrán llegar mañana los pigmeos de hoy,

MEDALLA DE HONOR



¡TRISTE HERENCIA! — Cuadro de JOAQUÍN SOROLLA.

si, en vez de segar en flor sus ilusiones con una desdeñosa repulsa, se les abren las puertas del palenque batallador y se les concede el espacio que para volar necesitan sus alas!

Dejando á un lado esa apreciación, humilde, por ser nuestra, hemos de confesar que, en realidad, de las mil trecientas y pico de obras que figuran en el catálogo, únicamente doscientas cincuenta, mal contadas, tienen verdadera importancia; lo cual no es óbice para que en general el Certamen resulte interesante, conforme era de esperar, sabiéndose que concurrían á él la mayoría de los artistas españoles de ley, galardonados ya en precedentes Exposiciones y de cuyo mérito han visto repetidas muestras nuestros lectores en las páginas de esta publicación.

Después de las autorizadas revistas que han publicado los periódicos, madrileños, lo propio que los de la localidad, por medio de sus correspondientes, nos creemos dispensados de entrar en detalles que ninguna luz nueva aportarían al asunto; prefiriendo consagrar el espacio de que disponemos á la reproducción de los cuadros y esculturas premiados y de aquellos otros que con justicia llaman la atención de los inteligentes.

Con el objeto de adquirir fotografías de dichos cuadros y esculturas,

ha hecho nuestro incansable Director un viaje á la Corte, de donde ha traído una hermosa y completa colección que, previa la autorización oportuna, iremos publicando sucesivamente en la forma iniciada en este número, esto es; en las páginas centrales y con fondos de color que contribuirán no poco á realzar la belleza de los originales.

Con eso, á la par que probamos una vez más nuestro constante deseo de complacer á nuestros suscriptores cuyo número aumenta sin cesar, rendimos un público testimonio de aprecio y gratitud á los expositores, que, en su mayor parte, nos favorecen con su valiosa colaboración; cabiendonos de paso la satisfacción inmensa de anunciar que muchos de los pintores premiados, incluso los de mayor recompensa, accediendo á las instancias verbales de nuestro Director, han ofrecido enviarnos en breve cuadros pintados expresos para el ALBUM SALÓN y facilitarle los medios de confeccionar amenudo, según sus deseos, números extraordinarios, dedicados á cada uno de ellos; de modo que gracias á tales ofrecimientos, habremos sido nosotros los verdaderamente beneficiados por la actual Exposición de Bellas Artes.

\*\*\*

PRIMERA MEDALLA



EL PUENTE DE TRIANA EN UNA TARDE DE VERANO — Cuadro de GONZALO BILBAO.

PRIMERA MEDALLA



LOS PRESOS — Cuadro de JOSÉ MARÍA LÓPEZ MEZQUITA.

CONSIDERACIONES Y HONORES DE PRIMERA MEDALLA



DOS GENERACIONES — Cuadro de CECILIO PLA.



LA VENDIMIA EN JEREZ — Cuadro de SALVADOR VINIEGRA.